

Juego de falsas realidades, el arte como instrumento de simulación y de engaño. Una habitación integrada en las paredes de la galería, un espacio ficticio, mestizo y entremezcla-

do. Ignacio Goitia crea un lugar aparente, un lugar de tránsito o de descanso. El espectador se convierte en habitante o visitante de un gran salón en el que pared y vivienda se confunden,

el espectador se transforma en actor frente a un falso decorado enigmático. Indaga en las relaciones entre naturaleza, domesticación y arquitectura, busca espacios aéreos y totalizadores.

Habitación en rojo

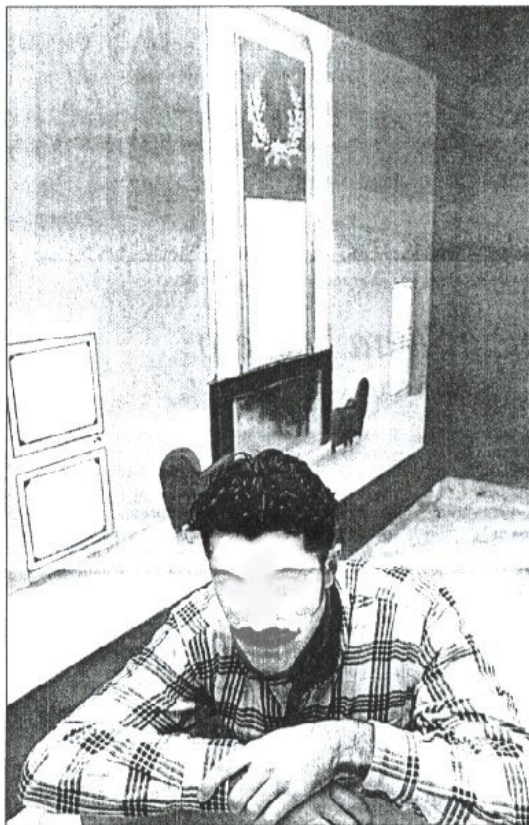
Ignacio Goitia indaga en Espacio Mínimo en las técnicas del artificio y la seducción

GONTZAL DIEZ • MURCIA

Pintura como estancia y paseo, como proceso de investigación en las falsas realidades, como trampantojo. Un pequeño portico verde, una habitación roja y en las paredes pintada otra habitación —cómoda, amplia, palaciega pero de lujo escueto. Hay pintado un personaje, de espaldas, apenas se vislumbra, que parece aguardar una visita—, otras paredes que se convierten en jardín. Ignacio Goitia (Bilbao, 1968), licenciado en Bellas Artes por la Universidad del País Vasco, asegura que se trata «de separar y estudiar las relaciones entre espacio interior y espacio exterior e invitar al espectador a que reflexione sobre su actitud ante ese ámbito».

Todo está dispuesto, a primera vista, para el encuentro, la estancia templada por el fuego encendido/dibujado en la chimenea, los sillones mullidos; un salón acogedor, burgués, confortable y quizá artificial. «Es un espacio para la interrogación, un lugar que se convierte en incógnita. El arte es otra forma de lenguaje que permite construir nuevas realidades, realidades basadas en lugares reales pero filtradas por la pintura», argumenta Goitia. «Son espacios fríos y vacíos, muy amplios en apariencia». La galería se convierte en jardín donde se establecen diferentes relaciones entre sus habitantes. Todo es apariencia, truco, teatralidad.

Esta nuestra instalación tiene puntos de conexión con la anterior obra de Ignacio Goitia: espacios señoriales y ostentosos habitados por jirafas. Jirafas en el Ermitage, en el Pantheon, perplejas y asomadas a unas escaleras de caracol en el Vaticano, pasando por los jardines de Lord y Lady Somerleyton, jirafas aéreas o enganchadas a una carroza. Cuadros que recuerdan una escena de la película *Remando al viento*, de Gonzalo Suárez, una jirafa cruzando un palacio vene-



Ignacio Goitia, en Espacio Mínimo. / MARTINEZ BUESO

ciano —el estruendo del lujo y el exotismo—. «Mi obra suele tratar las relaciones del hombre con la naturaleza, del sometimiento, por razones de subsistencia o de ocio, de todo lo natural. La jirafa, uno de los animales salvajes más bellos, repre-

Un salón en el que nada es lo que parece, todo es apariencia, escenario de ficciones, artificio, truco y teatralidad

senta ese exceso de dominación, ese intento por domesticar y sojuzgar la vida, por convertir todo lo existente en un nuevo elemento de consumo. También me interesa indagar en las relaciones entre lo que construye el ser humano a su medida y en el que encie-

rra objetos o animales, como una jirafa, que necesitan otro espacio vital más amplio», argumenta.

«Me interesa —añade— más el espacio creado, el espacio como arquitectura, que como lugar confortable». Otros de sus cuadros están habitados por *rotatives*, personajes desnudos o jinetes y caballos que sobrevuelan paisajes, jardines barrocos —la reordenación máxima de la naturaleza para el disfrute—, desembocaduras de grandes ríos y palacios franceses. «Me gusta esa perspectiva desde lo alto, desde el cielo o desde un avión, que te permite saber dónde estas, que te concede una referencia global y una visión total».

Sobre una reciente crítica aparecida en *Babelia*, en la que se calificaba el arte contemporáneo vasco —entre los autores citados se incluía a Ana Laura Aláez, que protagonizó la anterior exposición en Espacio Mínimo— como una evasión de la realidad política y social, Goitia asegura que el arte, si es arte, «no es vasco, europeo o norteamericano... es individual e internacional. El arte es mucho más que una posición política aunque siga apoyado por la política y las grandes instituciones. Es un disparate argumentar que el arte debe denunciar ciertos comportamientos. En los años 70 existieron autores vascos, como Ibarrola, que hicieron de su forma de expresión una forma de protesta, lo cual es legítimo... pero obligar a seguir esa misma línea es simplemente una falta de respeto a la creatividad».

Reconoce que su pintura se sitúa «al margen» de las estéticas imperantes de la Facultad de Bellas Artes. «Hay cierta anargura en profesores que se han convertido en teóricos del arte y han abandonado su trabajo creativo». Ignacio Goitia ha completado estudios en la Escuela de Arte Lorenzo de Medici de Florencia, el Norfolk Institute of Art and Design de Norwich y la Escuela de San Alejandro de La Habana.